



4. Futuro.

**Un mañana nuevo ¿Qué
vemos en el horizonte?**

NEA

Formosa - 2015

Abrazar el futuro con esperanza quiere ser el tercer objetivo de este Año.

- Conocemos las dificultades que afronta la vida consagrada en sus diversas formas: la disminución de vocaciones y el envejecimiento, sobre todo en el mundo occidental, los problemas económicos como consecuencia de la grave crisis financiera mundial, los retos de la internacionalidad y la globalización, las insidias del relativismo, la marginación y la irrelevancia social...
- Precisamente en estas incertidumbres, que compartimos con muchos de nuestros contemporáneos, se levanta nuestra esperanza, fruto de la fe en el Señor de la historia, que sigue repitiendo: «No tengas miedo, que yo estoy contigo» (Jr 1,8).

Futuro

- La esperanza de la que hablamos no se basa en los números o en las obras, sino en aquel en quien hemos puesto nuestra confianza (cf. 2 Tm 1,12) y para quien «nada es imposible» (Lc 1,37)... No hay que ceder a la tentación de los números y de la eficiencia, y menos aún a la de confiar en las propias fuerzas. Examinad los horizontes de la vida y el momento presente en vigilante vela”.
 - Me dirijo sobre todo a vosotros, jóvenes. Sois el presente porque ya vivís activamente en el seno de vuestros Institutos, ofreciendo una contribución determinante con la frescura y la generosidad de vuestra opción...
 - “Mientras hay vida hay esperanza, mientras hay esperanza hay vida”
-

Algunas pistas

- a. Intentaré dar algunas pistas que ayuden a pensar y soñar la VC del mañana. En una doble dimensión. Pensando en la persona de la religiosa/o de mañana, y también pensando en la dimensión institucional, en los grupos congregacionales. ¿Qué necesitamos tanto a nivel personal como a nivel congregacional para tener futuro? ¿Por dónde parece que hoy se va insinuando la VC del mañana, y qué debemos hacer hoy tener futuro?
- b. No es fácil ni se trata de hacer futurología. Aún frente a las posturas más pesimistas sobre nuestro futuro podríamos asegurar que existirá VC. Que habrá mujeres y varones que apostarán todo por buscar a Dios. En el camino evangélico abierto por Jesús, o en otras religiones. Porque esto de la VC es un fenómeno humano transversal a todas las religiones. Mucho más incierto es hablar del futuro de cada Congregación religiosa/instituto/monasterio, tal como hoy existe.

La persona del religioso/a

- c. En primer lugar en relación con la persona del religioso que quiera vivir y sobre vivir en un mundo hostil, o al menos en un mundo plural. Mi propuesta no consiste en desarrollar un perfil del religioso del mañana. No me siento muy cómodo con los “perfiles” que ofrecen largas listas de cualidades, virtudes y/o aptitudes que deberían tener en el futuro los religiosos. Si hiciéramos un perfil del religioso ideal de hoy, tal vez muchos de nosotros no daríamos la talla. Pero sí podemos aproximarnos a lo que intuimos deberá ser y tener el religioso del mañana cuando vislumbramos el futuro que adviene, y en fidelidad al ADN de siempre de la VC.
 - Me animo a ofrecer algunos rasgos. Los propongo no como un dibujo futurista, sino como lo que hoy debemos intentar vivir, si queremos tener vida mañana. Me situó y asumo la perspectiva de la VC cristiana, sobre todo en occidente, que postulo que seguirá siendo un camino válido para vivir y proponer el Evangelio.
-

Son hombres y mujeres de Dios

- Hoy lo expresamos con la palabra “consagrados”. No es la mejor palabra. Pero nos sirve como para indicar que esas personas tienen a Dios en el centro de su vida. Nada anteponen a Dios y a sus cosas. Tienen una profunda conciencia de pertenecer a Dios. Para ellas y ellos vivir es permanecer en Dios.
 - Por eso, no sólo “tienen fe”, sin que “son creyentes”. La fe los estructura desde adentro. Desde la fe, desde Dios, piensan, aman, sirven. Y consideran que su primera misión es ayudar a otros a entrar en el misterio de Dios.
-

Disfrutan del silencio y la soledad

- Aman la oración. La buscan y la disfrutan. Se sienten como pez en el agua mirando el cielo estrellado, contemplando el mar, admirando un paisaje desde lo alto de la montaña, sentados frente al Santísimo o dejándose mirar por un ícono.
 - Saben respirar y relajarse. Les encanta recogerse y entrar en su secreto para encontrarse con el Padre y sentirse hijos e hijas muy amados. Y viven desde ahí, desde dentro. Sostenidos por esa roca sólida y profunda sobre la que construyen su casa. Porque saben que tendrán que vivir su vocación a la intemperie.
-

Difunden Paz y Alegría

- Permítanme decir que irradiarán la PAZ y la ALEGRÍA que los inundan, fruto de su experiencia de Dios. Serán personas armónicas a la vez que apasionadas. Habrán sido capaces de vencer la ansiedad y por eso podrán vivir en el presente, en el ahora. Tienen la capacidad de nutrirse de la paz y la alegría que brotan del fondo del ser.
 - Por eso hacen honor a su nombre: están unificados, “asencillados”; no viven dispersos, son simples, no tienen doblez. Su alegría nace de su pobreza y simplicidad, como es lógico.
-

No le tienen miedo al sufrimiento ni a la muerte

- Disfrutan de la vida, de las cosas pequeñas, saben distinguir los olores y sabores. Pero no se dejan arrastrar por la cultura hedonista. Saben que hay que disfrutar las cosas, las experiencias, los vínculos, “tanto y cuanto” humanizan.
 - Por eso “renunciar” no es una mala palabra para ellos. Aceptan que todo tiene un límite. Que todo no se puede. Están reconciliados con su propia finitud y con la precariedad de lo creado. Saben soltar y dejar fluir. No se aferran. Cuando toca sufrir y morir, se hermanan y amigan con el dolor, la enfermedad, la impotencia y la muerte.
-

Son mujeres y hombres expertos en comunión

- Se sienten en comunión con el Universo, con la madre Tierra, con la humanidad, con su pueblo, con la Iglesia, de modo especial con los pobres y con todos los que sufren.
 - Valoran y disfrutan, se nutren con estos grandes vínculos, pero también saben tejer relaciones en lo pequeño, con sus hermanos y hermanas, con sus familias, con aquellos que comparten el trabajo y la misión, con sus vecinos. Son tejedoras y tejedores de redes. Tienen amigos y amigas.
-

Su mirada es profunda y su oído agudo.

- Por eso tienen vocación de profetas. Porque pueden ver lo que otros no ven y oír lo que otros no oyen. Y se animan a decirlo, aunque su mensaje pueda ser duro y contracultural. No están adormecidos por el consumismo, el hedonismo, la búsqueda de honor y prestigio. Ni especulan con escalar ninguna posición. Por eso son libres. Su libertad comienza en su corazón casto.
 - No son ingenuos ni crédulos. Ven más allá de lo que dicen los Medios de Comunicación, de lo que promete la propaganda, ni se tragan el discurso oficial y hegemónico de las ideologías dominantes. Por eso, tantas veces, van a contramano.
-

Son absolutamente misericordiosos/as

- Primeramente consigo mismos. Se saben tratar bien a sí mismos. Son amables y comprenden y aceptan sus limitaciones y pecados. No se sienten más que nadie. Se saben pecadores perdonados.
 - Se conmueven desde las entrañas con el dolor y el sufrimiento ajeno. Sus preferidos son los pobres, los que sufren, los enfermos, los que están solos, los adictos, los que están alejados del buen camino. Su misericordia se transforma en servicio eficaz. Viven para servir desde el corazón. En ello encuentran una profunda alegría.
-

Han integrado su cuerpo y su sexualidad

- Han logrado aceptarse y quererse con toda su realidad bio-psico-espiritual. No miran el cuerpo como algo que “tienen”, y menos como algo para usar y abusar. Viven reconciliados con su cuerpo y con su sexualidad, que les permite vincularse con el mundo y con los demás.
 - Saben manifestar su amor con el cuerpo, como varones y como mujeres. Saben acariciar y dejarse acariciar, abrazar, besar y dejarse besar. Su cuerpo, sus gestos, sus actitudes son la primera y mejor herramienta para cumplir el primer y gran mandamiento: amar.
-

Han superado una mentalidad mágica

- Han procurado una seria formación teológica que les ha permitido depurar y purificar su imagen de Dios. No se consagran a “cualquier dios”. No corren detrás de los milagros y apariciones. No se distraen con devociones periféricas. Saben que nuestro Dios es un Dios escondido, cuya mejor imagen es Jesús. No lo buscan fuera de Él.
 - Por eso tratan de lograr una seria formación bíblica y teológica que les permite dar razones de su esperanza, y les ayuda a moverse en la oscuridad del misterio de Dios.
-

Se entrenan para abandonarse

- Saben que el postrer acto de todo ser humano es “entregar el espíritu”. Entre el inhalar y exhalar se nos va la vida. Pero lo último será exhalar. Y abandonar la carne (que dejará de ser “cuerpo”), la familia, los hermanos, las posesiones, títulos, honores, etc., hasta que desaparezca del todo –en el fondo de la historia – la memoria de su existencia.
 - Mientras nos vamos preparando. Dejando, abandonando, la juventud, la salud, el trabajo, la energía, la memoria, los amigos y hermanos y parientes que se van antes que nosotros, los sentidos, la capacidad de auto-valernos, etc. Para ello se preparan siendo itinerantes, soltando, estando libres y disponibles para buscar nuevos horizontes, viviendo ligeros de equipaje. Porque saben que todo es relativo. Todo pasa. Dios permanece.
-

d. Pensando en el futuro de los grupos congregacionales – Condiciones de supervivencia de un grupo congregacional.

¿Qué decir entonces frente al tema de las vocaciones, frente al futuro de la congregación y a nuestra supervivencia? ¿Se puede hablar de “condiciones humanas” para que un grupo sobreviva? ¿Existen condiciones “necesarias y suficientes” para que haya vocaciones? ¿Quién puede adivinar el futuro?

Frente al tema de la supervivencia del conjunto de un Instituto, de alguna de sus Unidades, tenemos dos grandes opciones:

- Estar dispuestos a hacer todo lo posible para “ser madres y padres”, para acoger la vida que se nos regale, y poner todas las condiciones para que esa “paternidad” sea verdaderamente una “maternidad y paternidad responsable”. Es decir: pagar el costo que tiene “tener hijos/as”. Fácil decirlo, difícil de hacerlo.
- Morir con dignidad. Tomar la decisión de “morir con las botas puestas”, trabajando mientras nos den las fuerzas, dándole el sentido más pleno que podamos a nuestra vida, sintiéndonos útiles y fecundas/os hasta el final, pero sin plantearnos el deseo ni sentir la necesidad de “tener hijos”.

e. ¿Cuáles serían las condiciones de posibilidad para que nuevas vocaciones cuajen en un grupo congregacional? Son condiciones que, en el fondo, valen para cualquier grupo humano.

Estas condiciones valen, por un lado, para que las vocaciones “cuajen”; pero también son condiciones para que los jóvenes, que tienen “olfato” para detectar donde hay vida, se acerquen a nosotros. Señalo esquemáticamente.

Los jóvenes se acercan y perseveran en comunidades que miran hacia el futuro:

- Comunidades que tengan proyectos que entusiasmen, que se planteen nuevos desafíos, que tengan una misión que convoque... Una misión que sea significativa en el mundo de hoy, que responda a necesidades de la Iglesia y del mundo... Aunque no sea “socialmente” significativa. Dios llama para aquello que se necesita hoy... Y hoy, como cuando se fundaron nuestras congregaciones, será para atender, cuidar, promover, liberar... a los más pequeños, pobres... A aquellos por los que nadie se preocupa.
 - No les interesa, huyen, de comunidades que viven pensando en el pasado, viviendo de las “viejas glorias”. De comunidades que están pendientes de qué cuál será la próxima obra y/o comunidad que tendremos que cerrar, de cómo lograremos sobrevivir y de qué hacer para mantener algo de lo que tenemos...
-

Comunidades que garanticen los “derechos humanos” de los religiosos. Los religiosos no somos ángeles. Tenemos “derechos humanos”, que en realidad son “deberes humanos”. Tenemos el derecho a descansar, porque tenemos la obligación de cuidar la salud, descansar, esparcimiento, intimidad y un mínimo de recursos materiales, especialmente para su formación o para su apostolado. Debe respetarse el derecho de cada persona a satisfacer esas necesidades humanas fundamentales.

- ¿Se puede decir que en nuestras comunidades se vive una vida equilibrada, donde estas necesidades se satisfagan personal y comunitariamente? Nuestro estilo de vida, ¿permite y favorece que compartamos la vida y la fe, que se generen amistades profundas entre nosotros...? ¿Existe en ellas un clima que favorezca el crecimiento espiritual, la maduración psicológica, la fidelidad a nuestro compromiso de celibato?
- ¿Tienen una estructura mínima que favorezca y canalice la vida: número de miembros, horario comunitario, animadores que se hagan cargo, oportunidades de formación y de encuentro comunitario profundo...?
- ¿Están en condiciones de acoger jóvenes? Es muy bueno y casi necesario que los jóvenes convivan con los mayores. Pero no es bueno ni natural que un joven viva rodeado de abuelos y menos en un geriátrico.

Las comunidades deben ser inclusivas, valorar las diferencias, ser tolerantes. La homogeneidad y uniformidad del pasado, que tal vez añoramos, no es buena ni deseable. Mientras no seamos capaces de acoger lo diferente, la novedad que traen los jóvenes por el solo hecho de ser jóvenes, sus gustos, su música, sus costumbres, su vocabulario..., y les hagamos sentir que los queremos así, tal como son, no como nos gustaría que fueran..., será difícil que se sientan “en su casa” y que adquieran el sentido de pertenencia a un grupo que les resulta extraño y que no termina de aceptarlos como son.

- La comunidad que desee “tener hijos” deberá estar dispuesta a pagar el precio que ello supone: dedicarles tiempo, modificar nuestros hábitos, aceptar incomodidades y sacrificios, ejercitar la paciencia, salir de las cómodas rutinas, hacerles el espacio necesario, modificar – si hace falta - el mismo hábitat... Igual, exactamente igual, que una familia que debe acomodarse a recibir a un nuevo hijo (o hermano) que viene en camino.

Las comunidades que deseen atraer vocaciones deben tener una mística que entusiasme, arrastre

Deben contagiar vida: rezumar optimismo, energía, alegría... Si lo que se destaca es la estructura sobre la vida, el formalismo sobre la creatividad, la rutina sobre la imaginación creadora..., será difícil que se nos acerquen jóvenes (normales).

Esa mística, obviamente, debe llevar al encuentro del Dios Vivo, del Dios de la Vida que es la fuente y el secreto de nuestra felicidad.

Las comunidades que engendran vida deben “mostrar la diferencia”.

- Nadie entra a la Vida Consagrada ni a ningún grupo que exija ciertos sacrificios, si no descubre “la diferencia”. Es decir: aquello que se consigue a raíz y/o a pesar de la renuncia que se hizo. Diferencia en cuanto a la entrega a la misión (mayor radicalidad y dedicación), diferencia en cuanto a la experiencia de Dios (mayor profundidad, intensidad, tiempo...).
 - Quiero decir: de alguna manera debe quedar en evidencia que “vale la pena” pertenecer a este grupo, y no en razón de las seguridades económicas que puedan brindar.
-

Las comunidades que quieran crecer y tener vida deben ser abiertas.

A pesar de nuestro cansancio y derecho al descanso y sosiego, y del derecho a la intimidad y a contar con un clima de silencio que favorezca el crecimiento espiritual.

Pero, lamentablemente, no habrá vocaciones si no abrimos de par en par las puertas de nuestras comunidades a los jóvenes. Nadie se hace religioso por una charla ni por una propaganda en Internet. Nadie se mete en un grupo si no lo conoce. Y nadie conoce si no ve: “Ven y verás”.

Y si entran jóvenes (uno que otro) habrá que dejarles entrar también a sus amigos (para que los conozcamos, como hacen los padres responsables), en vez de mandarlos fuera a que tomen cerveza en una gasolinera.

Las comunidades que quieran vivir y crecer tienen que tener muy clara esta prioridad, y no simplemente enunciarla teóricamente

Una cosa es lo que se dice y otra dónde está nuestro corazón. Si la mejor de nuestras energías y preocupaciones está en sostener nuestras estructuras, en tener prolijamente ordenada la parroquia, en lograr los mejores promedios en la prueba de aptitud académica, en multiplicar las Misas, en correr de un grupo a otro “animando” (ofreciendo lo poco que nos queda de aliento), en seguir los resultados del fútbol de un país lejano o la novela de turno, será difícil que lo logremos.

Las comunidades que quieran tener futuro deben estar dispuestas a transformarse en “familias espirituales”.

Conscientes de que su carisma es un don para toda la Iglesia, deben estar dispuestas a compartir y recorrer ese camino evangélico con los laicos y con toda la Iglesia; compartiendo la vida, la espiritualidad, la misión. Para ello deben identificar bien, poner nombre y encontrar el modo de ofrecer ese carisma a los demás.

Las comunidades que apuesten por tener un futuro, deben recordar siempre que atraen por contagio, no por proselitismo.

Y que esa atracción brota de la comunión, es decir del amor entre sus integrantes. “Miren cómo se aman” . Una comunidad dividida está condenada a muerte. “Todo reino dividido contra sí mismo es asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no se mantendrá en pie”, Mateo 12,25. Por tanto deben vivir, expresar e irradiar una comunión teologal, que no es amiguismo, ni falta de dificultades y conflictos. Y ello también se debe expresar en una misión compartida, aunque no todos realicen los mismos servicios o ministerios.

f. Para el trabajo grupal

- Destacar dos de las cualidades, características, actitudes, que necesitará la/el religioso del mañana.
 - ¿Cuál de los señalamientos sobre el futuro de las congregaciones te parece más importante o urgente? ¿Añadirías otros?
-